

# Testimonio desde la frontera de la comunicación

ABEL HERNÁNDEZ

Abel HERNANDEZ es un cristiano que en el periódico y en la radio intenta ser puente de comunicación y de entendimiento entre la España laica y la España católica. ¡Ahí es nada!

*Tengo serias dudas de que yo sea un evangelizador. Pero es seguro que estoy, por voluntad propia y porque es para lo que sirvo, en la frontera de la comunicación. Mi actividad profesional se desarrolla en espacios que bien pueden llamarse laicos —Radio Nacional de España y Diario 16— sin que en ningún momento haya renunciado a presentarme como cristiano. Y así soy reconocido. No me parece un mérito especial, a pesar de los tiempos que corren, no haber caído en la tentación vergonzante del disimulo y de la excesiva con-temporización. Siempre he considerado imprescindible respetar las actitudes de los demás, sin renunciar a mis propias convicciones, y menos a las convicciones religiosas.*

*Otra cosa muy distinta es que, en mi comportamiento profesional, haya sido suficientemente cristiano. Es seguro que no. Pero en muchos momentos he tenido la sensación de servir de enlace entre esas dos orillas de la frontera, entre lo que podríamos llamar, simplificando mucho, la España laica y la España católica. Más de una vez me he sentido un poco desamparado, en tierra de nadie, bajo sospecha de los unos y de los otros. Ojalá que no se interpretara como una reclamación interesada lo que voy a decir: la Iglesia institucional y la propia comunidad cristiana de base deberían demostrar mayor apoyo y solidaridad a los que nos ha tocado estar en la frontera. Sería además una demostración de inteligencia.*

*La «buena noticia» se abrió paso en medio de una sociedad laica. Cristo no renunció a su laicidad. Ni sus principales seguidores. Creo que, al menos en teoría, el valor de la laicidad está en alza en la Iglesia. Sólo asumiéndolo sinceramente, evitará caer en el «gueto». La autonomía de lo temporal —a pesar de las tentaciones de regresar a la «cristiandad»— es irreversible.*

*Por eso son más necesarios que nunca los «mediadores». La cultura laica está entre nosotros, amasada —entre protestas encendidas de irreligiosidad— de valores cristianos: el sentido de la justicia, la defensa de los valores humanos, la lucha por la verdad, aun a costa de sinsabores y procesos, la crítica a todo poder, etc. Un cristiano situado en ese territorio fronterizo, desde donde se divisan, a veces con precisión, los claroscuros de las dos vertientes, ha de dejarse también «evangelizar» por la cultura laica.*

*Hace tiempo que llegué a la conclusión de que en España aún no se ha alcanzado el «gran armisticio» cultural, la aceptación por ambas partes de un patrimonio ético común —en la sociedad civil ni la Iglesia ni el Partido Socialista tienen el monopolio de la ética— que garantice la convivencia pacífica y civilizada, que bien puede llamarse también cristiana.*

*Pero parece claro que uno de los problemas más arduos para la Iglesia católica en España en este momento es el hecho de que no sólo el poder político ha dejado de estar en manos de los católicos —por primera vez en medio siglo— sino, sobre todo, los instrumentos de comunicación y transformación de la opinión pública, y, en buena parte, el planeta cultural.*

*Los grandes medios de comunicación, y también los pequeños, están sirviendo de vehículo por el que circulan hacia la sociedad esos dos modelos éticos. Pero, parece claro, que el proceso de «desconfesionalización» de la sociedad española avanza imparablemente.*

*Las grandes «expresiones» culturales no son cristianas. La creación literaria y artística, el cine, el teatro, la música, y, en gran parte, el pensamiento dominante (una de las características de la generación de «nuevos filósofos» — Trias, Savater, Rubert de Ventós...— es su renuncia expresa cuando no su hostilidad a los planteamientos confesionales) han perdido la expresión cristiana, cuando no se manifiestan abiertamente contra la tradición católica por considerarla una rémora en el avance hacia la modernidad.*

*Mi experiencia inmediata me dice que, de un tiempo a esta parte, a medida que se detectan actitudes de repliegue en las alturas eclesiásticas, resurgen brotes no sólo de anticlericalismo sino también de virulento rechazo de la*

religión, a la que se despoja de toda proyección social y se pretende reducir, como mucho, a una pura vivencia personal. En esto, si me dejo llevar de lo que observo cada día en los ambientes en que me muevo, no sólo no se avanza hacia la concordia, sino que se retrocede.

Esto nos confirma a algunos en la necesidad de no abandonar la frontera y de procurar demostrar —con palabras, con hechos y con silencios— la fuerza liberadora del cristianismo y su impulso de modernidad. El día que se convenga aquí a un par de centenares de «agentes culturales» de que religión y modernización no son incompatibles habremos dado un paso decisivo. Esto será imposible mientras se proyecten sobre la sociedad expresiones religiosas intransigentes y reaccionarias.

Las propias manifestaciones de la jerarquía llegan en gran parte a la desarraigada opinión pública española a través de los grandes medios de comunicación laicos, que imponen con éxito su particular interpretación frente a los medios estrictamente católicos, acrílicos y complacientes con la jerarquía, cuya influencia es muy escasa, cuando no contraproducente para tender puentes entre las dos orillas.

A la Iglesia católica española, que anda buscando ansiosamente un lugar apropiado en la nueva situación, le cuesta comunicarse con el hombre de hoy, a pesar de que está haciendo indudables esfuerzos. Sus mensajes no llegan o llegan desfigurados con frecuencia a la opinión pública. Seguramente estamos fallando los «mediadores». Pero también parece como si el lenguaje eclesialístico, medido, rico y lleno de sutilezas, careciera de aliento profético. De hecho no conmueve. La propensión a matar al mensajero se demuestra, además de cruel, perfectamente inútil.

Me parece que la Iglesia está inquieta ante los brotes de anticlericalismo que se detectan, ante los ataques públicos a la religión y a la moral católica, ante la pretensión de arrinconarla en la sacristía y ante el futuro de la institución familiar y de la educación cristiana de los niños y de los jóvenes. Y, ante esto, aparecen algunas posturas cautelosamente defensivas. Uno piensa que el avance de la increencia no se frena con atrincheramientos, sino saliendo leal y humildemente al encuentro de los hombres de nuestro tiempo, y, sobre todo, caminando a su lado.

Caminar al lado de los hombres y mujeres de mi tiempo es para mí hacer su propia vida y vibrar ante las mismas noticias en una redacción de periódico, donde cada día resuenan todas las miserias del mundo. Personalmente he aprendido allí mucho sobre la condición humana. No menos, desde luego, que

*en determinados ambientes eclesiásticos, que pretenden parecer incontaminados.*

*En un medio de comunicación se persigue siempre la objetividad, aunque pocas veces se alcanza del todo. Pero el principal valor, que puede ser compartido por cristianos y agnósticos, es el de la verdad. Intentar la objetividad y procurar decir la verdad, aunque eso acarree a veces serios inconvenientes, es el primer deber de un informador.*

*Tantos años bregando en este campo dan a uno la carga de evidencias suficientes para percibir el estrecho camino de que dispone la libertad de expresión entre nosotros, constreñida por los grupos de presión económica y los grupos de presión política, muchas veces unidos y enlazados.*

*En mi caso, llevo mucho tiempo ocupado más de la opinión que de la información estrictamente dicha. En la Radio estoy precisamente en la «frontera», que así se llama el programa socio-religioso que dirijo desde hace ocho años, donde procuro hacer honor a su nombre y a lo que tengo dicho. Sé que «Frontera» lo escuchan intelectuales agnósticos y cristianos entusiastas; está abierto a todos. Ese es su principal mérito. Confiamos en que sea estimulante para algunos. No tengo ninguna cortapisa desde la Dirección. Nunca la he tenido. Si no sale mejor, es culpa mía. Pero lo que he observado es que los asuntos religiosos tratados con dignidad y seriedad, con una cierta altura (no como instrumentos de dominio de las conciencias) merecen el respeto —cuando menos— también de los que dejaron a Dios en la trastienda.*

*Dedicarse a «hacer opinión» —sobre todo, mediante editoriales— lleva a veces a situaciones difíciles. Quiero decir que surgen perplejidades o incompatibilidades morales. Ya se sabe que «la opinión es libre y la información obligatoria». Pues bien, pueden darse casos en que la libertad de opinión de la empresa o de la dirección sobre un determinado tema no coincide con tus convicciones morales. En otros casos, se trata de simples disparidades de criterio sobre asuntos discutibles. Siempre he procurado ser consecuente con mis planteamientos morales y mis convicciones religiosas. Confío en que esto se haya notado en los comentarios, sin firmar. Es una tarea silenciosa, desde luego no perfecta, a veces arriesgada, poco reconocida, pero de la que me siento razonablemente satisfecho.*

*El control de la opinión pública suele ser la gran tentación del poder político. Esto se observa meridianamente en torno a ese poderosísimo medio que es la televisión. Sin una opinión pública sana, crítica y vertebradora, será difícil el desarrollo democrático y la convivencia civilizada. (Valdría la pena de-*

tenerse aquí un poco para reflexionar sobre la opinión pública dentro de la Iglesia. ¿Hasta dónde es posible? Me parece que en torno a este problema — está desarrollando una de las batallas más interesantes —no sé si decisivas— en medio de la comunidad católica, con una aguda dialéctica entre libertad de conciencia y autoridad jerárquica; entre investigación teológica y magisterio...).

*La condición ética del periodista es imprescindible para que existan unos medios de comunicación libres e independientes. Pocos estudiosos, al tratar de los grupos de presión, se fijan en este aspecto, a mi juicio, decisivo: el talante moral del periodista.*

*Un hombre con verdaderas convicciones morales, con entereza ética, sin sumisiones externas, difícilmente mentirá cuando escriba o dejará de escribir por cobardía ante las presiones de fuera. No alquilará su pluma al mejor postor.*

*El riesgo está en que las redacciones de los periódicos o los estudios de cine, radio y televisión estén habitados por personajes amorales, con irreprimibles deseos de gloria y de dinero, dispuestos a vender cada día su alma al diablo por un poco de notoriedad. Tengo que decir que en estos sitios, a pesar de todo, me he encontrado con más seres humanos dignos de admiración que de desprecio. Y no siempre los que nos confesamos cristianos demostramos más integridad ética.*

*Hay que reconcer también que no es difícil tropezar en estos lugares con seres resentidos con los curas, con frustraciones de la infancia, amorales, pequeños cínicos, dispuestos a zaherir lo más sagrado para lavar su mala conciencia o para halagar al poder de turno. En estos seres «intermedios» está muchas veces la clave de las estridencias que se observan en los medios de comunicación laicos. Lo que quiero decir es que la condición humana es decisiva para cualquier empresa digna del hombre, y ésta de la creación o modelación de la opinión pública y de la proyección cultural es una empresa humana importante, que me parece digna y difícil.*

*También por experiencia puedo decir que, incluso los más radicales «comecuras» (que, en no pocos casos, han pasado por el seminario, por el Opus Dei o por el colegio religioso) agradecen, en el fondo, las actitudes firmes y consecuentes de los que siguen siendo cristianos y se sienten defraudados con actitudes contemporizadoras o vergonzantes. Por eso y por muchas más razones, más que Prensa católica —cuyo papel puede ser útil— es preciso que haya grandes periodistas católicos en la Prensa. Y el mismo criterio habría de*

*aplicarse a los medios audiovisuales y a todas las manifestaciones culturales.*

*Esta reflexión es extensiva a los cristianos que participan activamente en la política (donde la religión ha dejado afortunadamente de marcar fronteras entre los españoles), en el mundo de los negocios (aquí el valor de la justicia y de la solidaridad debería ser la primera categoría moral) o en el complicado campo de la educación, donde evidentemente no se ha alcanzado aún el «gran pacto».*

*A mí me parece que lo peor que podemos hacer los cristianos es ponernos a la defensiva. Demostraremos poca fe en lo que tenemos entre manos. Tampoco caben actitudes de prepotencia o de desprecio de los que están aparentemente al otro lado de la frontera. Si el Evangelio es anuncio y comunicación de la gran noticia, los católicos no debemos renunciar a ninguno de los grandes medios de comunicación modernos. Sería como encerrarnos en la sacristía. Hoy predicar desde las terrazas y desde los tejados hace probablemente relación a las antenas de radio y de televisión, incluidas las parabólicas, y a los satélites de comunicación. Estamos entrando en una cultura planetaria. Cada vez resulta más difícil poner vallas a las palabras y a las imágenes. Pero nunca deberíamos minimizar al hombre concreto y a la comunicación directa con él allí donde nos encontremos. Muchos de los llamados «laicistas» nos precederán seguramente en el Reino de los cielos.*